

gado dos veces por los tribunales religiosos, en 1615 y en 1633. El gran sabio fué condenado por unos inquisidores ignaros á arrojarse para abjurar la doctrina «absurda» de la rotación terrestre, y después fué aprisionado y obligado á vivir hasta el fin de sus días en «domicilio forzado» en la ciudad de Arcetri<sup>1</sup>, asumiendo su propio hijo el cargo de vigilante por cuenta del Santo Oficio. Por lo demás, la forma libre y popular del lenguaje de Galileo alarmó á Roma, más todavía que el fondo de su doctrina: gran escritor y orador admirable, Galileo hacía obra de franca propaganda<sup>2</sup>. Que la frase sublime *Eppur si muove* (sin embargo se mueve) haya sido pronunciada por Galileo ante sus jueces, lo que no es probable y no se halla atestiguado por ningún documento histórico, ó que haya sido imaginada en 1744 por Steinacher de Wurzburg<sup>3</sup>, poco importa, porque la frase ha tomado un sentido épico y se emplea simbólicamente para toda verdad que, á pesar de la opresión de los curas, del odio de los reyes y de la envidia de los ignorantes, acaba por irradiar sobre la inmensidad de las tinieblas.

El último acto notable de Luis XIV, cuando ya misántropo, enfermo, inquieto por su próxima muerte, veía desvanecerse sus ambiciones y derrumbarse su reino á su alrededor, fué prosternarse ante la Iglesia por un acto supremo de contrición. La bula *Unigenitus* que el papa Clemente XI promulgó en 1713, en apariencia contra los jansenistas y los protestantes, pero principalmente contra la iglesia galicana y contra el rey mismo, fué, no obstante, exigida por éste. La autoridad del pontífice infalible, representada por los directores de conciencia, debía elevarse sobre todo, sobre el Estado mismo. ¡Por un suicidio terminaba la carrera del soberano que había intentado hacerse el dominador del mundo! Pero se estaba en la aurora del siglo XVIII, y ya el papa y el rey, la Iglesia y el Estado, no eran los únicos que se disputaban la posesión de los hombres. Estos comenzaban á pensar por sí mismos, riéndose á la vez de esos dos amos, frecuentemente tan terribles, y, sin embargo, ilusorios, puesto que reinan solamente á causa del terror universal.

<sup>1</sup> White, *History of the warfare of Science...*, trad. de Varigny.

<sup>2</sup> Th. H. Martin, *Galilée*; — Picavet, *Revue Rose*, 1895.

<sup>3</sup> Seb. Gunther, *Kepler, Galilei*.

Francia, relativamente rica y próspera al principio del reinado de Luis XIV, se hallaba al final de aquella larga dominación en un estado de extrema miseria, hasta peor que la que sufrió un siglo después en víspera de la Revolución. Los impuestos se habían doblado y la vigilancia sabia y metódica que habían organizado las «reformas» de Colbert no permitía absolutamente á nadie substraerse á la rapacidad del fisco. Seguro de hallar en todos los caminos y á la puerta de todas las ciudades inexorables cobradores de impuestos, el comercio local había cesado, y el hambre podía dominar en una provincia cuando en la provincia vecina las cosechas habían sido abundantes. La residencia casi forzada de todos los nobles en la corte y la irresistible atracción de



Gabinete de las Estampas.

RENATO DESCARTES, 1596-1650

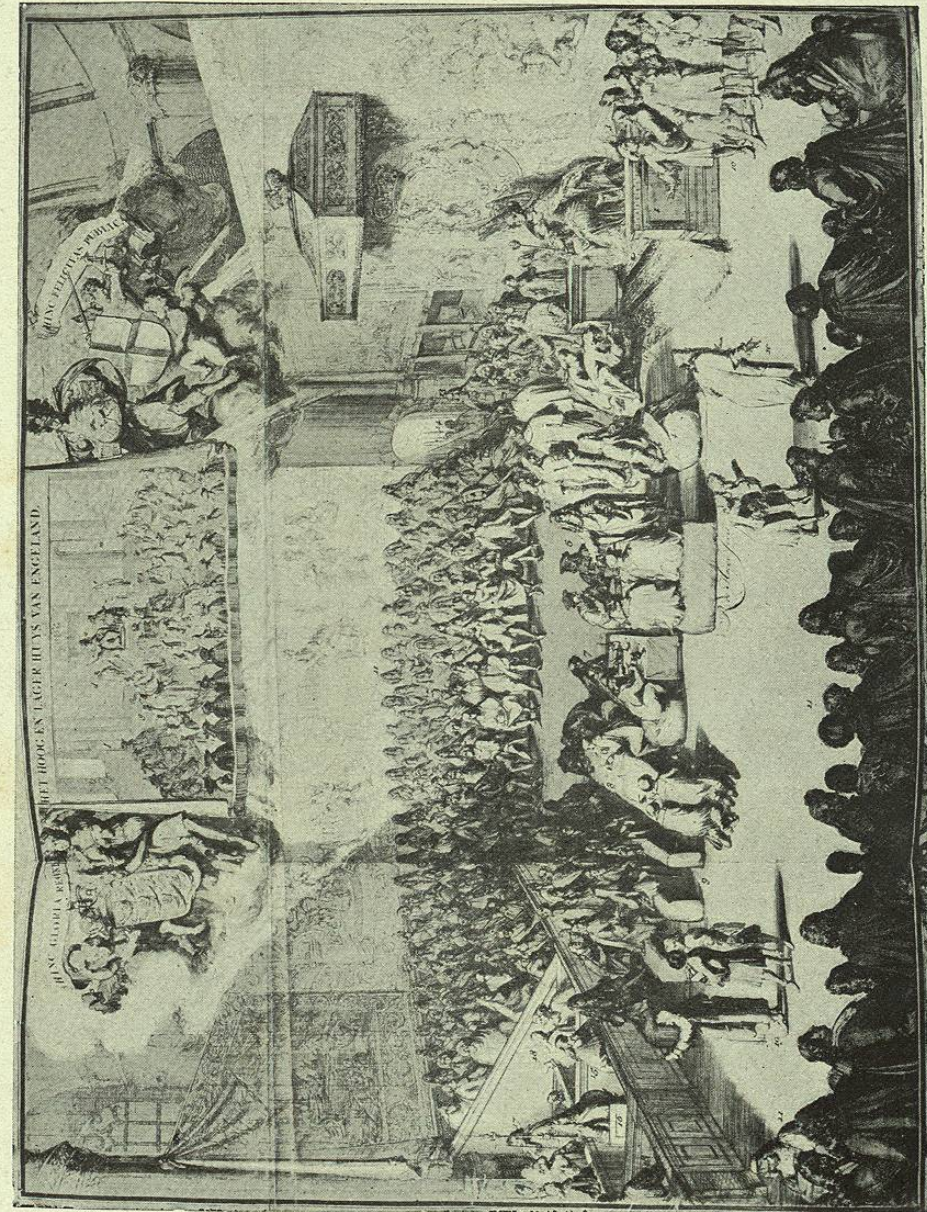
Versalles habían causado la ruina de los castillos lejanos de la residencia. Los señores cesaban de visitar sus tierras ó hasta no las habían visto jamás, pero continuaban reclamando las rentas habituales, sin que se hiciera restituir á la tierra la menor partícula de sus elementos de riqueza; resultando, por consiguiente, que gran parte de las tierras del reino quedaron yermas y no tenían ya el valor de las hipotecas con que el propietario empobrecido las había gravado.

Muchos yermos se crearon así, no por culpa de la Naturaleza, sino por la del hombre. Si la tierra quedaba estéril no podía culparse al clima ni al suelo, sino á las guerras, á los impuestos, á las

costumbres de los cortesanos reales y á su imprevisión. Entre esas tierras inútiles al hombre, puede citarse la Sologne, que fué devastada durante las guerras de religión, y cuyos propietarios nobles acabaron por abandonar completamente á la maleza y á los pantanos.

Por esas causas el fin del régimen fué acogido con alegría, aunque no anunciara el fin de los males. Parecía además que el Destino se encarnizaba sobre el rey anciano que no quería morir, cuando sus herederos, hijos y nietos habían sucumbido sucesivamente. La opinión pública no podía creer que todas esas muertes no hubiesen sido deseadas, y sospechando el crimen, veía en la corte un antro de envenenadores. Difícilmente se hallaría una gran época de magnificencia y de fausto que acabara de manera tan lamentable. Sin embargo, «el mundo quiere ser engañado», y á pesar del hundimiento del reino, la apoteosis del rey se hizo poco á poco en la historia tal como la refieren los escritores cortesanos. Luis XIV tiene siempre sus aduladores como Alejandro, César y Carlomagno; ¡cuántos reyes, aun entre los contemporáneos, siguen todavía su ejemplo!

Tocó á Inglaterra el turno de ocupar el primer lugar en Europa. A pesar de las revoluciones políticas interiores y de un doble cambio de dinastía, á pesar de los reveses pasajeros y hasta de las humillaciones nacionales, el progreso en población y en comercio no había cesado de producirse durante la segunda mitad del siglo XVII. El rey Carlos II, llamado del destierro después de la muerte de Cromwell y la renuncia de su hijo al protectorado, trató naturalmente de reaccionar contra todo lo que se había realizado durante su ausencia, intentando la obra imposible de suprimir la historia; llegó á encarnizarse contra los cadáveres é hizo decapitar los cuerpos de los regicidas; hasta hubiera querido volver Inglaterra al catolicismo, y se dejó llevar al punto de convertirse en pensionado de Luis XIV. Sin embargo, tuvo que contar mucho tiempo con su Parlamento, es decir, con la burguesía creciente. Si hacia el fin de su vida logró que prevaleciera su poder absoluto y se desembarazó de sus más fieros adversarios por la mano del verdugo, hasta hacer que la universidad de Oxford declarara que la doctrina de la soberanía



EL PARLAMENTO EN TIEMPO DE LA REINA ANA

G. Sellier.

popular transmitiéndose al príncipe por contrato es blasfema y criminal, su hermano y sucesor Jacobo II (1685) fué un vivo testimonio de que la fuerza pertenece á ese pueblo despreciado.

Jacobo II sólo reinó tres años; su yerno Guillermo III de Orange desembarcó para combatirle so pretexto de que era heredero legítimo del trono, pero en realidad como campeón del protestantismo y del legalismo parlamentario contra el catolicismo y el régimen del capricho. Apenas tuvo tiempo Jacobo de resistir, porque reducido á prisión y libertado después con desprecio como personaje sin importancia, tuvo que refugiarse en Francia cerca de su modelo, el «Gran Rey». Es interesante observar que ese cambio de dinastía lleva en la historia de Inglaterra el nombre de Revolución de 1689—el advenimiento del nuevo rey y la «declaración de los derechos» datan en realidad de Febrero de 1688: el año comenzaba entonces el 25 de Marzo—. En concepto de las clases burguesas, la guerra civil, la muerte de Carlos I y el Commonwealth no constituyeron más que una especie de episodio preparatorio para su toma de posesión del poder.

Guillermo III, plenamente reconciliado con el Parlamento, que encontraba con la nueva rama real el ejercicio incontestado de sus antiguos derechos, fué pronto bastante fuerte para ser el jefe de los aliados contra Luis XIV. Su cuñada Ana, proclamada reina á su vez (1702), representa un período de la Gran Bretaña todavía más triunfante desde el punto de vista militar, puesto que las victorias de Blenheim, Ramillies, Audenarde y Malplaquet, obtenidas por su general Marlborough, se sucedieron bajo su reinado. El tratado de Utrecht (1713) aseguró la alta posición de Inglaterra en los consejos de Europa y aumentó en enormes proporciones su imperio colonial á expensas de Francia: le dió Nueva Escocia, Tierra Nueva y los mares inmediatos; le aseguró también la posesión del peñón de Gibraltar, insulto permanente al pueblo de España y, preciosa ventaja para una nación de mercaderes, le concedió el derecho exclusivo de la importación de los negros, en número de 4,800 al año, en las Antillas españolas. Inglaterra conquistó el monopolio del comercio de carne humana.

En aquella época, la historia de Inglaterra y la de Francia presentaban un notable paralelismo en las vicisitudes dinásticas que

repercutían en todo el organismo del gran cuerpo político. En tanto que la muerte de la reina Ana (1714) colocaba en el trono de la Gran Bretaña la familia alemana de los Jorge de Hanover, la muerte de Luis XIV (1715), cuyo biznieto Luis XV era un niño, traía consigo la intervención temida del Parlamento y el nombramiento de un regente de Francia, el duque de Orleans, que precisamente el rey difunto hubiera querido apartar del poder.

Alemania, dividida en numerosos Estados y principados á consecuencia de las guerras entre católicos y reformados inspiradas en sus ambiciones particulares, hasta apoyándose en el extranjero, se reponía lentamente de la terrible guerra de Treinta años. El antagonismo del Sud y del Norte, de Austria y del electorado de Brandeburgo, destinado á convertirse en 1701 en el reino de Prusia, había disuelto materialmente el imperio germánico, y el fragmento más considerable que de él quedaba, Austria, tenía hartos que hacer para conservarse contra los Turcos, que se hallaban todavía animados de la furia conquistadora.

Turquía se venía debilitando hacia un siglo, es decir, desde la época en que las flotas de Solimán el Magnífico dominaban en el Mediterráneo. La expansión turca hacia el Occidente había cesado desde el inútil sitio de Malta, en 1565, y la batalla de Lepanto, en 1571, y los sultanes, encerrándose en sus palacios, rodeados de conspiraciones y de intrigas, habían encargado á sus mercenarios la prosecución de la obra de la conquista. Sin embargo, Alemania estaba mucho más agotada que Turquía, y el gran visir Kara-Mustapha, «Mustapha el Negro», dueño del vasto hemisferio entre los Alpes y los Carpatos, vencedor de todos los ejércitos austriacos en campo raso, hasta osó aventurarse contra Viena, la capital del imperio (1683).

Kara-Mustapha fracasó delante de Viena, en cuyo socorro se lanzó Sobieski, rey de Polonia: el segundo ataque no fué más afortunado que el de Solimán en 1529, y de nuevo comenzó el reflujo. La retirada de los Turcos les originó la pérdida de Buda y de gran parte de Hungría; luego, á continuación de la batalla de Mohacs (1687), les fué preciso evacuar la Eslavonia y la Croacia. Los Imperiales penetraron hasta Belgrado. Al final del siglo, la paz de Carlowitz obligó

á los Turcos á entregar la Hungría y la Transilvania á los Austriacos, Azov á los Rusos, la Ucrania y la Podolia á los Polacos, el Pelopo-

N.º 406. La gran Turquía.



1: 12 500 000  
0 100 400 800 Kil.

El rayado claro indica el país que perdió Turquía al fin del siglo XVII; el territorio en blanco es el que le quedó después de la batalla de Zenta, 1697, y la paz de Carlowitz, 1698. El campo de batalla de Mohacs, que vió la derrota de los Turcos en 1687, era el de su triunfo sobre Hungría, en 1526.

neso á los Venecianos: era en superficie y en población más de la tercera parte de su imperio de Europa. Sucediéronse otros conflictos